

# ORBANEJA, UN PERSONAJE DE FICCIÓN CON SIGNOS DE REALIDAD

(Testimonios en torno a una cita cervantina)

Por Ramón Quesada Consuegra

**D**ESPUÉS de haber enfocado desde varios ángulos la disyuntiva sobre la realidad de Orbaneja, al que en mi fuero interno no concedo otra historia ni otra existencia que la otorgada por Cervantes en su obra universal, indeciso y dubitativo no obstante como humano, a veces me ha asaltado la sospecha de si este pintorzuelo pudiese tener un pasado más amplio que en el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* le concede el autor. Así que, llegado, pues, a esta perspectiva en la que la incertidumbre se amalgama con la creencia en mi cabeza, escribir de esta premisa, la verdad es que, como bien dice Dámaso Alonso en su brillante prólogo a *Aproximación al Quijote*, obra de Martín Riquer, «valga sólo como una primera aproximación a esta aproximación, como una invitación a su lectura».

Me surgió la idea de este trabajo de extrema sencillez, después de haber degustado otra vez las mieles de la alocada epopeya de Don Quijote por las exuberantes y plácidas tierras de La Mancha, entre desaguizados y dispares aventuras emanadas de una prematura demencia senil y por habersele «secado el seso» con la lectura indisciplinada de libros de extrañas aventuras de caballerías en los que consumía sus menguadas rentas y entre los que se encontraba *Felixmarte de Yrcania*, libro en tres tomos del ubetense Melchor Ortega que también alimentó el fuego de la hoguera al ser arrojado por la malhumorada familia del hidalgo manchego.

\* \* \*

«Llegados a un mesón, alojáronle en una sala baja a quien servían de *guadameciles unas salgas viejas pintadas, como se usan en las aldeas. En*

*una de ellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena cuando el atrevido huésped se la llevó a Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas...*

*–Yo apostaré –dijo Sancho– que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón, o tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas. Pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado éstas.*

*–Tienes razón, Sancho –dijo Don Quijote–; porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: “Lo que saliere” y si por ventura pintaba un gallo escribía debajo: “Este es gallo”, porque no pensasen que era zorra». (Segunda parte. Capítulo LXXI).*

\* \* \*

Desde que leí por primera vez esta historia del Quijote, me sigo preguntando: ¿Existió Orbaneja? ¿Fue un personaje creado por la imaginación del príncipe de los ingenios españoles? ¿Era de Úbeda, o accidentalmente «estaba en Úbeda»? Como digo, oscuridad absoluta, y comprendo ahora que he perdido demasiado tiempo con Orbaneja y no quiero que otros lo malgasten –contabilicemos más de trescientos ochenta años de la aparición de *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, segunda parte de la novela donde se menciona a Orbaneja, editada en 1615 y dedicada al Conde de Lemos–, pues estoy seguro que no han existido nunca, antecedentes de ningún género en cuanto al testimonio de su presencia en este mundo.

¿Conoció Miguel de Cervantes a este pintorzuelo en Úbeda? «Al menos –dice Luis González López en la revista “Úbeda”–, aceptemos esto como buena conjetura; pero ya es hora de que Úbeda se libere de la torpe fama de un pintor que, en definitiva, pudo pintar zorras en vez de gallos para vender al barato. Si de Úbeda o en Úbeda, Orbaneja nada “pinta” en la gran ciudad».

Pero algo es evidente: Miguel de Cervantes favoreció a Úbeda sin quererlo; a lo mejor sin saberlo («Orbaneja era un pintor bastante aceptable, pero fue rebajado de categoría artística por una venganza mezquina de Cervantes, quizá motivada por algún percance sufrido con los habitantes de Úbeda». Aurelio Valladares Reguero, en uno de los cuadernos literarios, *Úbeda en el «Quijote»*), porque aunque en esta ciudad tiene dedicada una calle, su paso por Úbeda pudo ser meramente en alguna escapada que hiciera cuando por algunos pueblos de la provincia (exceptuando a Francisco Navarro y Ledesma, no todo los biógrafos de Cervantes citan a Úbeda como



visitada por éste) cobraba tributos e impuestos y el homenaje de la placa se dedicara más al novelista que al alcabalero. Porque si intentó, y a fe que lo consiguió, despreciar a un pintor que probablemente ni conocía, porque cuando le preguntaban qué pintaba respondía «lo que saliere», nuestro genio, al mismo tiempo, eternizaba universalmente el nombre de Úbeda. («No ha faltado quien, más o menos humorísticamente, ha visto en Orbaneja un precursor de la pintura moderna actual...». Juan Pasquau. *Biografía de Ubeda*, «Epílogo», página 556v.). («Aunque fue Cervantes, en su obra inmortal, el que lo situó en Úbeda, su fama trascendió del “Quijote” a otros libros...; Úbeda no debe faltarle al pintor que ha llevado unido a su nombre el de nuestra hermosa ciudad, a través de los idiomas más raros del mundo». Antonio Vera León, también en la desaparecida revista «Úbeda»).

Así pues, mientras el que fuera cronista oficial de la provincia parece que se conforma con que Orbaneja «nada pinta aquí» y pone en tela de juicio su naturaleza ubetense, Vera León revalida ingenuamente ser hijo de esta tierra, cuna de nobles gentes y de hidalgos caballeros; rica, conocida por sus apócrifos cerros y otras muchas realidades históricas de poderosa veracidad y atrayente fisonomía, cuando parece dar por seguro el paso de Orbaneja por la vida, al citar que «Úbeda no debe faltarle al pintor», y evidencia que desea solicitar de la mente del pueblo que le vio nacer un recuerdo estable para este pintor que ponía como firma «este es gallo» para que nadie creyera que era zorra. Debe de ser así, ya que a su iniciativa se debe que Orbaneja, mal o buen pintor, traído y llevado siempre más con iniquidad que encanto, tenga, como el novelista que le trató con desdén y hasta con burla, una calle en la misma ciudad comprendida en el interior del casco antiguo, monumental y a un tiro de piedra una de otra, que hasta en esto habría de mofarse el ilustre escritor del pintor caído en desgracia.

Hay más. En una biografía sin brillo –*Apuntes biográficos del autor de un alocado manchego* (triste título), de Jordi Molins– que hace muchos años leí y que se refería a nuestro excepcional novelista y que desprestigió al autor hasta el extremo de no aparecer en lo sucesivo dentro del registro literario nacional, lamentablemente mal documentado y peor expresado hasta el punto de no convencer a nadie y desaparecer como escritor según digo, que el autor del *Quijote* recorrió en sus andanzas y devaneos casi la totalidad de la geografía española, «lo que le hizo agudo el cerebro y sátira su pluma». Y que Cervantes, influenciado por sus vastos conocimientos, al citar a Orbaneja como el pintor «que estaba en Úbeda», tal vez le llevase a tremendo bautismo el recuerdo de su paso por Orbaneja del Castillo, municipio de Burgos bañado por el Ebro o por Orbaneja-Riopico, otro pueblo de la misma

capitalidad caracterizado por la riqueza de sus «dorados trigales». Inaudito e inadmisibile a mi juicio, porque con Cervantes, son muchos los historiadores que, aunque sin datos concretos, dan por lógica la existencia de Orbaneja y su cuna ubetense sin aforismos ni subterfugios. Investigadores entre los que se encuentran Alfredo Cazabán Laguna, Miguel Ruiz Prieto y Miguel Campos Ruiz entre alguno más y de gratísima memoria.

El primero, en sus *Apuntes para la historia de Úbeda*, edición facsímil de 1887 que afortunadamente cuenta con una nueva reedición de 1992 que edita la Asociación Cultural Ubetense «Alfredo Cazabán Laguna», apartado totalmente de varias suposiciones y aferrado a lo que para él es realidad irrefutable, dice: «El pintor Orbaneja, de cuyo nombre no sabemos más, de Úbeda (lo da por seguro), fue más famoso en la pluma de Cervantes Saavedra que con sus propios pinceles». El segundo, autor de *Historia de Úbeda*, que se publica en 1906 y que reedita en 1982 *Pablo de Olavide-Úbeda. Asociación para la Defensa del Patrimonio Cultural Andaluz*, haciendo de Orbaneja coetáneo y testificante de las peticiones, abusos y quejas por parte de los percheros de Úbeda, que consiguieron en 1560 que los plebeyos no tuviesen obligación de tener armas y caballos, ni a pagar los cinco maravedises estipulados por Felipe II, nombra al tristemente famoso artista como «un pintor de Úbeda de pobre inteligencia que con sus sargas mal coloreadas consiguió ser mal mirado por los nobles, a los que, por su parte, no les tenía simpatía y menos, mucho menos, amistad».

Miguel Campos Ruiz, más reciente, con el gracejo que pone siempre en sus escritos a disposición del pueblo pero en la misma línea punzante, en unos apuntes autógrafos que por debajo de cuerda me fueron prestados y de los que yo, irreverente y egoísta saqué copia de lo más interesante de su vida y de su obra, entre algunas agudezas sandungueras y correcciones al libro de Ruiz Prieto profanando a su vez la intimidad literaria del autor de *Historia de Úbeda*, que documenta o creyó documentar con sencillos dibujos que guardan íntima relación con su oficio de maestro de obras y contratista, nos cuenta con su peculiar gracejo otras originalidades del pintor que nos ocupa. «Cuando pintaba –dice–, si lo que hacía lo era (aquí se aproxima a Cervantes) igual daba el color bermellón con siena esperando o creído en conseguir un verde esperanza o intentaba conseguir un amarillo limón de mezcla tan abstracta como el blanco contra el negro. Pero ignorante o no, óptimo o pérfido, incomprendido sobre todo (suaviza el tono), Orbaneja fue un pintor de Úbeda (lo admite como los opinantes que le preceden) que existió e inmortalizó el «manco de Lepanto». (Así, sin suprimir punto ni coma).



Don Victoriano García Alonso, director de la Banda Municipal de Música y compositor al que Úbeda tiene que agradecer excepcionales marchas para las cofradías de Semana Santa, y cuya naturaleza se disputan las ciudades de Játiva, Úbeda y Sabiote, intentó, animado por el escritor y poeta Manuel Ráez Quesada y el periodista Francisco Miras Moya, escribir una composición humorística para que sirviese de animación a una comparsa de carnaval cuyo personaje central sería una imitación de Orbaneja que, vistiendo atuendo de la época cervantina, presidiría la chirigota. No llegó el músico a perder el tiempo ni su calidad de compositor con tamaña obra, porque Orbaneja tuvo un apasionante defensor en el médico don Guillermo Rojas Galey, que lo consiguió con razonamientos de peso tan convenientes como: «No podemos consentir los hijos de Úbeda que a Orbaneja, fuese nuestro paisano o no, se le vilipendie también por nuestra parte haciendo buenas las palabras de aquel que, si ilustre con la pluma, no lo fuese según vemos como crítico de arte. Al no saberlo tampoco nosotros, dejémosle en paz y honrémosle con nuestro silencio». («La Crónica», semanario de 1925).

La Editorial de Prensa Española, devorada por un incendio en 1969 cuando se ubicaba en la calle *Serrano* de Madrid, siguiendo una acertadísima colección de publicaciones literarias dedicadas a los grandes autores del mundo, con el epígrafe «Los Gigantes», en el tomo que editó sobre Miguel de Cervantes y dentro de la España del Siglo de Oro que se presentaba al público en 1967 y como el primero de esta colección que finalizaría por el suceso citado con *Tolstoi*, se refería a Orbaneja en el capítulo *Las Obras*, como «uno de esos pintores de naturaleza anónima que se encuentran en los pueblos de la Mancha, pintando en las calles lo que buenamente pueden para el propio sustento y, en ocasiones, el de una numerosa familia, siendo el gesto más extraño del pintor el que nos ofrece la brevísima descripción del propio Cervantes».

A pesar de todo y vistos y leídos estos testimonios o parte de ellos que hasta mí han llegado, luego de cuanto se ha escrito, más negro que blanco, más amargo que gozoso, sigue la incógnita alrededor de Orbaneja, punto de mira de todas las miradas y con la sospecha de que así ha de continuar mientras cualquiera con mayor suerte no demuestre lo contrario en lo que se entiende a la persona física, condición, naturaleza y otros datos que sitúen al referido Orbaneja de verdad con propiedad de vida, pueblo y hogar en aquellos años en los que Alonso Quijano anduvo por la Mancha y por la Historia. Hasta tanto, nos vemos comprometidos a dejarle donde lo encontró Miguel de Cervantes como «un pintor que estaba en Úbeda», que respondía «lo que saliere» cuando le preguntaban qué es lo que pintaba.